



«Caminar en este día sensacional por las suaves pendientes que conducen al Cevedale es un relajante paseo.»

«Nos colocamos los crampones y siguiendo un trazo de pisadas alcanzamos la cresta.»

Macizo del Ortles-Cevedale

LUIS ALEJOS

Recorriendo los Alpes una y otra vez he llegado a comprender que apenas los conozco. Por eso, cuando en agosto del 84 visitamos el Macizo Ortles-Cevedale, me sorprendió su excepcional belleza. Los Alpes constituyen una inmensa cordillera donde abundan las montañas soberbias, destacando entre sus encantos la emoción que produce ir descubriéndolas.

Rumbo a lo desconocido

El Macizo Ortles-Cevedale se encuentra en el Parque Nacional del Stelvio, limitando las regiones italianas de Lombardia y Trentino, a un paso de las fronteras con Suiza y Austria. Desde Milán la ruta de aproximación más cómoda bordea el Lago de Como y remonta el curso del Adda hasta Bormio. Otra vía es, de Bérgamo dirigirse al Lago de Iseo, recorrer el Val Canónica y desviarse a Bormio en Edolo. Dispuestos a entrar en rutas de altos puertos es posible llegar hasta Santa Caterina trasponiendo el Paso de Gavia (2.621), útil incluso como base de ascensiones.

Subiendo de Bormio (1.225) a Santa Caterina (1.737) por el Valfura, aparece a la izquierda una sierra desértica, tremendamente erosionada, contrapunto del panorama que admiraremos de inmediato. Al final la carretera se achica, pero continúa asfaltada hasta el aparcamiento situado junto al Refugio Forni (2.176). Al descender del coche empezamos a contemplar cumbres que sin superar los 3.600 m ostentan descomunales glaciares, y en las inmediaciones observamos la presencia de simpáticas marmotas.

El Forni es un edificio suntuoso; cabe suponer que conoció tiempos mejores. En realidad tiene más de hotel que de refugio. En su fachada aparece un cartelón con hora-



«En seguida enlazamos con la morrena lateral del glaciar; en su lomo se vislumbra un sendero.»

rios: Gran Zebru, 6 horas; Cevedale, 5; Palón de la Mare, 4,30; Monte Vioz, 5; San Matteo, 5; Tresero, 4. El Forni hace gala de ser el centro de este sector del macizo. Es cierto que constituye el eje de la media circunferencia que forman las cumbres citadas.

A Norberto, responsable del refugio, le asombra que esta región alpina sea ignorada en nuestras tierras y se entusiasma contándonos sus excelencias en la práctica del esquí de montaña. Tan afable se muestra que llega a ofrecernos el jeep para abreviar la ascensión del día siguiente. Como vamos de pobres, también nos indica dónde plantar las tiendas, al estar prohibido acampar en el recinto del parque nacional.

Cevedale: una plácida ascensión

Al romper el día embarcamos en el todo terreno, siguiendo hacia el norte el curso superior del Torrente Frodolfo por una pista que sólo puede utilizar vehículos autorizados. Pasando junto al Refugio Pizzini (2.706) llegamos al Lago Cedec (2.750), enclavado en la confluencia de los glaciares del Gran Zebrú y Cedec. Hemos ahorrado cerca de dos horas de desgaste de botas.

Hace frío al amanecer en este paraje sombrío y ultracongelado, por lo que inmediatamente nos ponemos en marcha penetrando en el glaciar para superar el gélido caparazón que cubre las laderas de la montaña.

Vamos bordeando un espolón rocoso muy descompuesto por donde serpentea una precaria senda que no nos ha convencido. Caminamos entre gruesos terrones de hielo y pequeñas grietas que no plantean problemas.

En hora y media alcanzamos el Paso del Cevedale (3.266) donde se asienta otro importante refugio, el Casati, en un marco incomparable. Produce asombro contemplar estos vastos espacios nevados a tan modesta altitud. En direcciones opuestas emergen dos prestigiosas cumbres: el Gran Zebrú al NO, el Cevedale por el SE. Quisiéramos visitar ambas cimas, pero sólo disponemos de tiempo para optar a una de ellas. Hicimos la elección al empezar a caminar, dejando de lado la vía habitual del Gran Zebrú, pese a resultar más atractivo, porque la perspectiva de conjunto que buscamos está en el Cevedale. No obstante, contamos con admirar ese otro sector del macizo desde el Ortles.

Caminar en este día sensacional por las suaves pendientes que conducen al Cevedale es un relajante paseo. En una hora nos plantamos al pie de la cima, que ahora se yergue altiva, formando una impresionante muralla de hielo. Nos colocamos los crampones y siguiendo un trazo de pisadas alcanzamos la cresta, en el punto intermedio entre dos cotas. La principal está a la derecha, no es la del vértice geodésico. Una afilada arista de tono airoso al último pasaje de la ascensión, que ha concluido en otra media hora.

La cumbre del Cevedale (3.769) está formada por una arista muy aguda que no cabe imaginar contemplándolo de lejos; pero no hay motivo para inquietarse, ni un soplo de viento turba la quietud del paraje y, aunque somos muchos, sobra espacio a lo largo de la cornisa. La hora que permanecemos allí arriba nos resultó muy corta. ¿Da una idea de la magnificencia del paisaje el hecho de tirar un carrete entero de fotografías?

Podíamos comprobar, ante todo, que son ciertas las inmensas posibilidades que ofrece, para practicar el esquí de montaña esta enorme meseta glaciárica jalonada con cumbres de suave relieve y dotada de una excepcional infraestructura de refugios. En el aspecto paisajístico al NO, se elevan las efímeras piramidales del Gran Zebrú (3.851) y Ortles (3.905). El cordal principal del macizo avanza hacia el S por el Palón de la Mare (3.704) y el Monte Vioz (3.644), gira luego al O, destacando en el extremo del arco el singular San Matteo (3.678).

Además, en el lejano oriente se perfilan las caprichosas siluetas de Los Dolomitas. Por el O, asoma colosal el Macizo del Bernina. Al S, queda el Macizo Adamello-Presanella; más glaciares en todas de 3.500 m. Hacia el N, se divisan montañas similares a las nuestras: son los Alpes de Otztal.

La ascensión no había durado más que tres horas; aún era temprano. De modo que aprovecharíamos la ocasión para regresar



«Al NO. se elevan las
efigies piramidales del
Gran Zebrú y Ortles.»

por una ruta diferente. Como en las inmediaciones se aprecian grietas respetables y tendremos que recorrer el borde de un precipicio, es mejor encordarse. Con calma, saboreando el paisaje, bajamos al Paso Rósole (3.499); luego, por una cresta fácil, nos elevamos al Monte Rósole (3.531). Toda la operación ha durado una hora; en otro cuarto de hora descendemos al Col de la Mare (3.449), pasando junto al Vivac Colombo (3.485).

A lo largo de la cadena hay diversos refugios con capacidad para unas diez personas; no es preciso destacar su utilidad efectuando la travesía del macizo de una tirada. No voy a resistir la tentación de escribir lo que comentamos al verlo: «Con el disparatado presupuesto de refugios como el de Piedrafita se podría sembrar el Pirineo de construcciones de este tipo, que son las realmente necesarias para acercarse a las cumbres, guarecerse en caso de mal tiempo, facilitar la evacuación de accidentados, etc.».

Recorriendo toboganes de nieve, tres cuartos de hora después superábamos la cresta N. del Palón de la Mare (3.704), quedando nuevamente alucinados al contemplar el grandioso espectáculo que ofrece. En particular las numerosas formaciones de seracs que descienden en cascada por la cara N. del San Matteo y cumbres contiguas,

constituyendo la principal fuente de alimentación del inmenso glaciar del Forni.

La marcha no había resultado dura; aún teníamos fuerzas para proseguir y nos sobrababan ganas de continuar admirando parajes insólitos, pero era preciso regresar; abajo nos esperaban. Abandonando la huella que, como una tentación, nos indicaba la dirección del Monte Vioz, descendimos directo al O., hasta topar con un promontorio rocoso donde vimos unas ruinas que atribuimos a un viejo refugio. Proseguimos por el glaciar, paralelos a una cresta que baja al SO. y cuando la nieve empezó a estar demasiado blanda, siendo patente el riesgo de encontrar grietas ocultas, nos pasamos a la cresta descendiendo sin dificultad entre grandes bloques.

Nos volvió a sorprender la aparición de ruinas, tan numerosas que ya no podía tratarse de un refugio. A tres mil metros, entre nieve y rocas, nunca pudo existir un asentamiento humano. La explicación la encontramos en la presencia de parapetos y alambradas. Es que la guerra condena a morir en las condiciones más extremas. En el Paso Dogegú (3.022), accesible desde la ruta del Puerto de Gavia, existe un museo de la guerra.

Al rato aparecieron grandes lunares blancos jalonando las rocas de la cresta; nos sirvieron para tener la certeza de que por allí se

regresaba a la civilización. En seguida enlazamos con la morrena lateral del glaciar; en su lomo se vislumbra un sendero. Caminamos al borde de los atormentados hielos teniendo enfrente, cada vez más activo, el San Matteo, orlado de seracs.

En la cota 2.800 la lengua del glaciar empuja a la morrena haciéndola girar al NO. Más abajo, en torno a los 2.600, comprobamos de dónde procede el atronador ruido que escuchamos hace rato: las aguas que socavan el glaciar brotan tumultuosas por una gran cavidad. El descenso hasta el Refugio Branca (2.493), el quinto del recorrido, nos lleva dos horas y media. Al cabo de otra media hora estamos de vuelta en el Forni, completando la travesía en ocho horas, con otra y media más de paradas. Sin utilizar el jeep nos habría llevado un total de 12.

A través del legendario Stelvio

Si hubiésemos efectuado la travesía en sentido contrario nos habría resultado fácil acceder a pie a la vía normal del Ortles. Desde el Refugio Casati bastan tres horas para bajar a Solda; menos incluso utilizando el teleférico que llega al Refugio Città de Milano. Fue la dependencia del coche lo que nos obligó a realizar, esa misma tarde, un largo recorrido por carretera.



Grupo Ortles-Cevedale

Foto gentileza del Refugio Forni.

Descendimos nuevamente a Santa Caterina y Bormio para tomar la ruta del Stelvio que va bordeando la frontera suiza. Es una ascensión de 1.500 m. penosa incluso en coche. En lo alto del puerto (2.758) paramos a observar la ladera occidental del Ortles. Es un lugar muy frecuentado, pues además de existir una estación de esquí de verano constituye «la meca» del ciclismo italiano. Un monumento recuerda las hazañas de Coppi. El descenso del puerto es tremendamente vertiginoso, estando numeradas sus múltiples y apretadas curvas.

El refugio es accesible desde el Valle de Tráfoi, más nosotros continuamos descendiendo hasta Gomagoi (1.270) para aproximarnos por el Valle de Solda o Solden. Esta región autónoma italiana fue antaño territorio austríaco. Solden (1.850) es un pueblecillo que ha sabido conservar los encantos del pasado. En el límite de la población, cerca del teleférico que sube al Città de Milano, existe zona de acampada libre.

Un refugio colgado del cresterío

Cuando despertamos al día siguiente las ardillas correteaban alrededor de la tienda y

la cima del Ortles se perdía entre nubes. El tiempo empeoraba y, sabiendo que podía durar, en vez de arrendrarnos precipitamos la subida al refugio. Lo veíamos muy arriba, recortado sobre la arista norte. Para abreviar la ascensión tomamos una telesilla que nos condujo a Sasso Lungo (2.330). Un cartel indica allí: al Refugio Tabaretta hora y media, al Payer tres.

Emprendemos la marcha por una amplia senda que desciende suave al NO. Llegando a los 2.200 m vuelve a elevarse, atravesando el depósito de piedra y grava que va dejando el glaciar en su retroceso. Remontamos una morrena, superamos una empinada ladera y, con una buena sudada, llegamos en una hora al Refugio Tabaretta (2.555), que ofrece una bella vista sobre el valle y una perspectiva escalofriante del glaciar que trepa por la cara norte hasta la cima del Ortles. En la base hay placas que recuerdan trágicos intentos a una de las vías más difíciles de los Alpes.

Continuamos por un excelente sendero; sin él las pendientes laderas de aluvión serían impracticables. Al cabo de otra media hora, siempre a buen paso, alcanzamos el Collado del Orso (2.877), volviendo a contemplar por la vertiente opuesta la sinuosa carretera del Stelvio. En media hora más,

dos desde el punto de partida, llegamos al Refugio Payer (3.029) que se yergue fantasmagórico sobre la cresta invadida por la niebla. Más arriba, en el espacio reservado al descomunal Ortles, reinan las tinieblas.

El refugio está abarrotado. Las cotas relevantes de todos los macizos arrastran siempre multitudes. Como nos toca dormir en el suelo, mientras se despeja la sala-comedor contemplamos el titilar de las luces de los pueblecillos circundantes que suplen en su función decorativa a las estrellas. En este importante refugio, próximo a las nieves perennes, el litro de agua cuesta 1.800 liras y una cerveza 1.700.

Accidentada ascensión al Ortles

De madrugada las condiciones continúan empeorando; hay quien permanece en posición horizontal. Nosotros nos planteamos: «Ya que estamos aquí, hasta donde podamos». El desarrollo de la vía de ascenso es por demás simple: caminar siempre hacia el sur soslayando los obstáculos que oponen, primero la cresta, luego el glaciar. La senda persiste un rato, interceptada en ocasiones por cortos neveros. La cresta se va tornando

3851

PUNTA GRAGLIA 3391

PASSO ZEBRÙ 3010

CIME FORNI 3240 M. CEVEDALE 3779

ROSSE 3446

PASSO CEVEDALE
Rif. Casati 3254

ZUFALL SPITZE 3757

PALE ROSSE 3446

Rif. Pizzini 2700



escabrosa y aguda; hay pasos aéreos con agarres excelentes. De pronto nos vemos ante una tapia. ¿Va por ahí la vía?

Algunos, que vienen encordados desde el refugio, lo tienen claro al ver el panorama; aunque en realidad no es más que fachada, pues abundan las presas y la pared está equipada con cadenas. Una vez superada recorreremos una breve arista y llegamos al borde del glaciar. Ha transcurrido una hora desde que salimos. Ahora es preciso encordarse y utilizar crampones. En el tramo inicial ha desaparecido el manto de nieve, siendo inevitable atravesar una pala de cristal con elegante caída. Fue el pasaje más delicado de la ascensión.

En tres cuartos de hora alcanzamos el vivac Lombardi (3.316). El resto de la ascensión consiste en ir remontando los diversos niveles del glaciar que semejan enormes escalones. Abundan las barreras de seracs y tampoco escasean las grietas. Todo ello forma parte del decorado, más que constituir un obstáculo real. Siempre envueltos en la niebla y azotados por el viento llegamos a un amplio espacio donde la pendiente tiende a decrecer e incluso vislumbramos la cima. Es una cresta de nieve que si difumina en el vacío, anclada a unas rocas.

Al cabo de tres horas y cuarto, con media

de descanso, se nos acaba la montaña, por lo que es obvio que nos encontramos en la cumbre del Ortles (3.905), cúspide del macizo y cota alpina más elevada partiendo de oriente. Antes de subir nos prometíamos una buena ración de paisaje y resulta que está nevando. También teníamos intención de tantear el descenso por la ladera Este retornando a Solden por el Refugio Costón (2.661), pero en tales condiciones únicamente podíamos aspirar a descender cuanto antes. En media hora bajamos al vivac, mientras que subir nos costó hora y media.

Nada más atravesar el tramo helado donde se abandona el glaciar, estalló un trueno que hizo vibrar la montaña. Alguién gritó: «¡Al suelo!», cuando todos estábamos pegados a la roca. Siendo este el punto donde hay que desembarazarse de los crampones, coincidimos varias cordadas, en la afilada arista. Y como hay varillas metálicas para montar seguros, resulta que nos habíamos agarrado a la punta de un pararrayos.

Conscientes del riesgo, proseguimos inmediatamente el descenso, destreando por las cadenas en medio de un fuerte chaparrón amenizado con fuegos artificiales. Permanecer quietos era exponerse a quedarse achicharrados junto a las estacas de hierro. Llegar al refugio nos llevó otras dos horas;

era preciso tomar precauciones en la roca húmeda.

El Ortles se había transformado en un volcán que en vez de lava expandía tormentas. El temporal descendía al valle por sus laderas. En cuanto apreciamos un claro bajamos al galope; pasando el Refugio Tabaretta, nada más atravesar las morrenas, enfilamos al valle adentrándonos en el bosque, pero, en vez de bajar directamente a Solda, bordeamos su núcleo urbano por las alturas, utilizando uno de esos cómodos senderos que hacen las delicias de los paseantes. Fuimos a desembocar a la estación inferior del teleférico que sube al Città de Milano, o sea, a cuatro pasos del lugar de acampada.

En dos horas habíamos culminado la operación refugio-valle, emprendiendo inmediatamente la marcha hacia la región del Otztal en territorio austríaco. La borrasca se vino con nosotros, no permitiéndonos pasar el valle, y persistía todavía cuando al cabo de una semana regresamos a casa.

Participantes:

Casimiro Pérez, M.^a Angeles Sampedro y Luis Alejos.

Del 2 al 5 de agosto de 1984.